



La Villa Imperial de POTOSÍ

COMO a la de Avila, podría decirse a esta otra abulense y toledana ciudad potosina que es de «santos y cantos». Asentada en el cerro prodigioso, es de roquedal su cimiento, y las veinte iglesias que aun quedan se alzan en mampostería de piedra, dorada por el rabioso sol andino.

Tierra dura, donde la fe de los conquistadores perpetuó sus dos esenciales signos: en el monte, abriendo bocaminas, en pos de los filones del reluciente metal que le daría gloria de vida; en la ciudad, construyendo iglesias y capillas para encontrar paz y gloria de muerte en gracia divina. Ansia de enriquecimiento material para domar mundo y afán de perennidad, a merecer en las nuevas casas de Dios. Para grato arriño del cuerpo mortal, el argento de la minas oscuras; para salvación del alma pecadora e inquieta y su disfrute celestial, el mismo tesoro de la montaña pródiga, convertido en altar y ornamento primorosos del templo católico. Alfa y omega de un destino en el discurrir de tres siglos en la ciudad que, desde la atalaya de nuestra América, dice su pretencioso abolengo en el exergo de su escudo, grande como el de España: «Con el poder del César y por la prudencia del Rey, este gigantesco y argénteo cerro dominar puede al universo entero. *Caesaris potentia, pro Rexis prudentia, iste Excelsus mons et argenteus urbem debelare valet Universum.*»

Ahí está la ciudad india, abigarrada de color, en medio de un contorno gris y seco, con el hormigueo de sus gentes de minas, aceitunados los rostros, las manos ásperas por la ruda faena y el clima frío—cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar—, y el alma, encogida por dentro en el ya secular sueño de su riqueza sin término y de su inútil pesadumbre. Ciudad india en los ojos estriados de sus hijos y en el hierático estarse de cada día del vecindario cansino. Ciudad española en el romance de su historial fastuoso y en el canto albar de sus campanas cristianas, graves y dulces; en el ancho y hospitalario trazo de sus portales de cantos pulidos; en el afligranado sillar de las espadañas; en el aire y donaire de su leyenda de «ciudad única».

Por ARMANDO ALBA

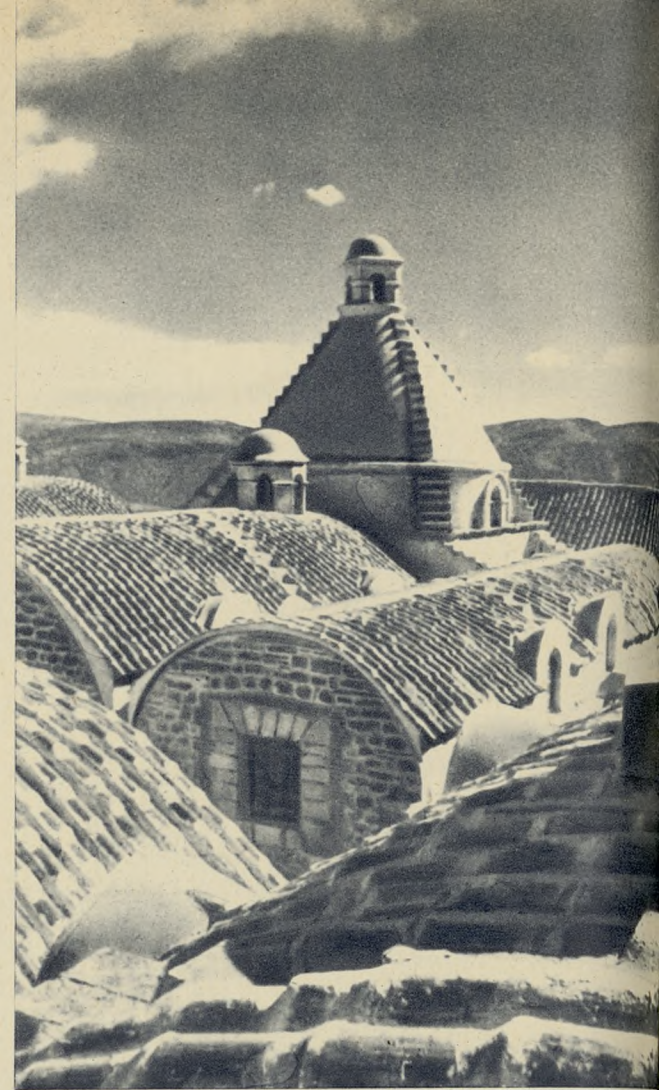
La ciudad—propiamente, villa imperial por cédula de Carlos V— muestra en el fragoso escenario de su

ubicación las dos gallardas torres de la Catedral y el enorme cuadrilátero de la Ceca potosina. Las primeras, concluidas en su reedificación a principio de la era republicana por el fraile hispano Manuel de Sanahuja; la otra arranca del año 1759, en que don Salvador Villa, aragonés insigne, la levanta, como había hecho antes con iguales fábricas en México y Lima. Envejecido y reumático, comienza su obra con la certidumbre de que no será él quien la concluya. Su compañero y discípulo don Luis Cavello da cima al señero edificio, considerado ahora como el monumento civil más importante que se conserva en el continente, de lo que dejó la Colonia.

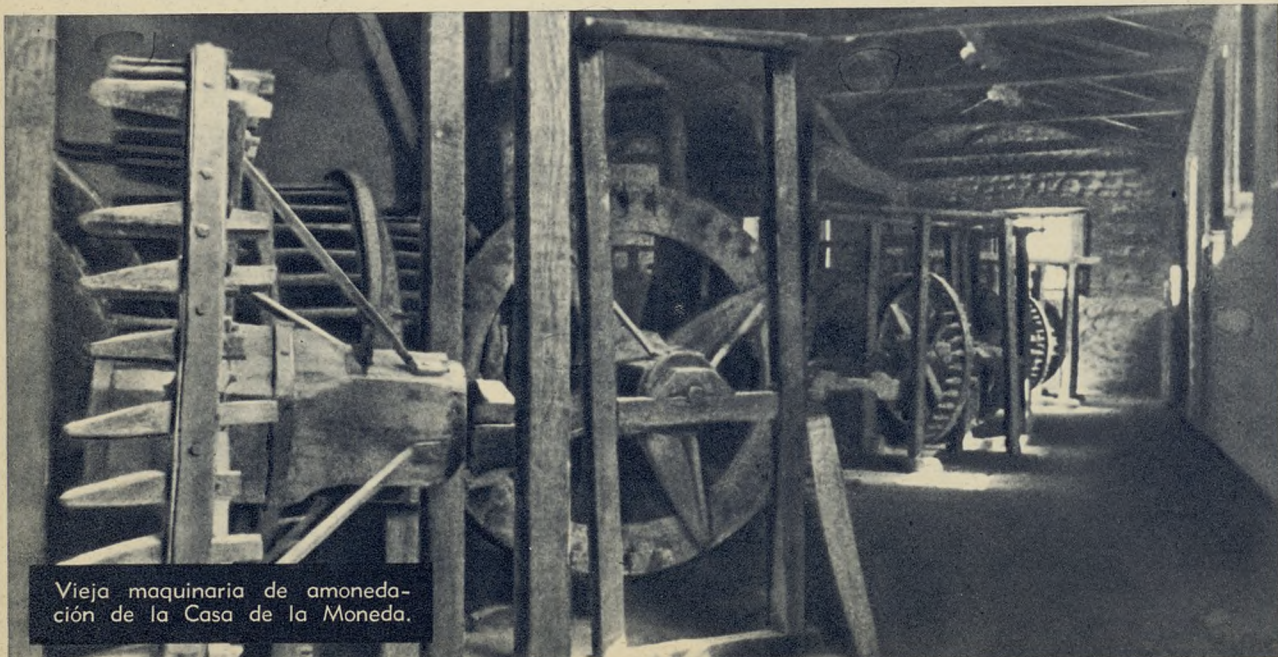
Bastión de la españolidad y cárcel de negros e indios sentenciados a trabajos forzados en las hornazas de Quintanilla, Laredo y Moreno; foco de irradiación de la minería circundante en más de sesenta leguas a la redonda; en sus zaguanes y en sus patios soleados, alguaciles, azogueros de pro, mercachifles, grabadores de troqueles, balanzarios y memorialistas compendieron el vivir alucinado y febril de aquellos días de sangre, de hazañas, de botatería de dineros y de espíritu.

De la Casa Real de Moneda, henchida de tanta historia como la Casa de Contratación de Sevilla, se volcó a España, esta vez, el Potosí eterno. La fábula cuidó las justas proporciones del enorme caudal explotado, sin pedir nada a la imaginación ni a la hipóbole.

El cerro contempla—Argos con mil ojos de sus minas—a la antaño opulenta ciudad. Es hija suya. La ve huraña, ensimismándose siempre; es decir, viviendo con orgullo, en ella y no en otra, su magna historia interior, hecha de pasión, de riqueza y de ansia mística. En el diario vespéral coloquio de monte y villa, el hombre continúa afanoso en su búsqueda de estaño—a falta de plata—, y quiere ser duro como la piedra y diáfano como el dulce timbre de los campaniles conventuales del viejo Potosí. «Cantos y santos» como en Avila, la de los caballeros.



Bóvedas de la Casa Real de la Moneda.



Vieja maquinaria de amonedación de la Casa de la Moneda.



Rincón típico de la villa boliviana.



Torre-Espadaña de la iglesia de «La Compañía».



Las torres de la Iglesia Catedral.



Sobre el Cerro Rico, de Potosí, se desmoronan las ruinas de las viejas edificaciones de minas de la época colonial.